

## El Mercurio - Sábado

Camila Sosa Villada:

### “DEJÓ DE IMPORTARME SI ME ACEPTAN O NO CÓMO SOY”

**Actriz y escritora de culto, su novela *Las malas* la consagró como una voz potente y transgresora, que ha convertido en literatura los márgenes sociales por los que ha transitado. Ganadora de varios premios, como el Sor Juana Inés de la Cruz, dice que el éxito le ha permitido cambiar de vida y darse algunos lujos, pero también le mostró nuevas formas de maltrato. 'El mundo de la cultura y de las editoriales está lleno de prejuicios', asegura.**

Camila Sosa Villada está del otro lado de la pantalla de Zoom: delgada, con el pelo tomado y una polera negra de tirantes muy finos. Enrolla un cigarrillo de tabaco. Y lleva unos anteojos de sol que no se quitará en toda la entrevista.

—Tuve un episodio medio violento la semana pasada cuando iba a Mina Clavero —dice y se toca los lentes—. Una mujer se brotó conmigo en el terminal de ómnibus. Se ve que me conocía y fue muy agresiva. Yo quedé asustada. Entonces mi psiquiatra me dijo: 'Tómate esto, para que te relajes y puedas dormir en la noche'. Ahora duermo como 12 horas al día. A ver si puedo mantenerme despierta porque siento que en cualquier momento me duermo.

Es actriz y escritora travesti. Nació en La Falda y vivió en varios pueblos de la provincia de Córdoba, en Argentina, porque su padre era un 'buscavidas', al que ella y su madre seguían de un sitio a otro. Estudió Comunicación Social y Teatro. En 2009 estrenó su primer espectáculo testimonial, *Carnes Tolendas*, retrato escénico de una travesti. En 2015 publicó el libro de poemas *La novia de Sandro*; en 2018, el ensayo autobiográfico *El viaje inútil*. Y en 2019, *Las malas*, la novela que la consagró como una autora potente y transgresora, con la que ganó varios premios, como el Sor Juana Inés de la Cruz y el Finestres de Narrativa y que fue traducido a varios idiomas. Allí cuenta la historia de un grupo de travestis que trabaja en el Parque Sarmiento, en la ciudad de Córdoba, y enfrentan juntas la violencia y la exclusión social. Si bien es una ficción, se inspira en hechos de su vida.

'Yo comencé a travestirme en mi adolescencia y entonces mi papá puso una maldición sobre mí: me dijo que alguna vez iban a llegar a mi casa y le iban a dar la noticia de que me habían encontrado muerta, tirada en una zanja. Porque al único trabajo al que podía aspirar siendo travesti era tener sexo con hombres por dinero. Y que me iba a morir sola', contó en una charla TEDx Córdoba.

Cuando dejó la casa familiar y partió a estudiar a la universidad en la ciudad de Córdoba, buscó trabajo para pagar sus gastos en algún local de comida rápida o en

algún call center, pero no consiguió ninguno. 'Cuando miraban mi carnet y me miraban a mí tenían una muerte cerebral instantánea y no me daban el laburo'. Una noche, saliendo de la Ciudad Universitaria, un hombre detuvo su auto a su lado y le preguntó cuánto cobraba. 'Fue la primera vez que tuve que abrir una puerta de mi destino y tomar una decisión. Y me subí al auto'. Tenía 18 años.

Luego, como una forma de protegerse de la violencia a la que estaba expuesta, se acercó a la zona roja del Parque Sarmiento donde trabajaba un grupo de travestis que la acogieron y de las que se hizo muy amiga.

—¿A qué edad te diste cuenta de que eras distinta? —No hubo una edad. Sucedió. Porque además siempre fui distinta. Entonces la marca de la diferencia siempre estuvo conmigo. No hubo un momento de epifanía. Nací así y nunca lo disimulé. Nunca me preocupé por esconder mi mariconería, por fingir, por buscarme un clóset. Nunca se me ocurrió que pudiera llegar a existir una forma de vida paralela a la que siempre tuve. Y eso me pasa hasta el día de hoy.

—En Las malas haces un retrato muy vívido del grupo de travestis con el que la narradora forma una suerte de cofradía. Aunque es literatura, ¿cuánto tomaste de la realidad para escribir sobre ellas? —El grupo de travestis que me encontré no es el que aparece en Las malas. No es una crónica de cómo yo comencé a travestirme. Era un grupo de travestis que sí estaba en el Parque Sarmiento, al que yo me acercaba porque sentía que era el lugar y la gente con la que debía estar después de que salía de la universidad, a los 18 años. Pero duré relativamente poco con ese grupo porque empezaron a gentrificarlo, a poner luz en el parque. Entonces, bueno, me tuve que ir, fui desplazada hacia la soledad, a pesar de lo lindo que era estar con gente muy parecida a mí. Y en algún momento ese grupo se desvaneció.

—Antes de escribir sobre ese mundo, lo pusiste en escena como actriz. ¿Cómo se dio esa transición hacia el arte? —Fui escritora antes que persona y que todo el resto. Aprendí a escribir muy chica, muy joven. La actuación llegó como una Aquí tienes la transcripción del fragmento de la entrevista a la escritora Camila Sosa Villada que aparece en la imagen:

forma de sociabilización, pero también como una forma de ponerme a salvo. La Universidad de Córdoba tenía una escuela de teatro, a la que me propuso ir uno de mis mejores amigos en ese momento. Y la verdad es que fue muy... No sé cómo decírtelo. Sentí que estaba en el lugar que tenía que estar, que si me iba de ese lugar corría peligro. Porque la otra alternativa era laburar en la calle y conocer clientes u otras prostitutas. Esa mixtura o sincretismo de esta parte universitaria, más las prostitutas y clientes que iba conociendo hicieron algo particular en mí, que siempre fui como una especie de conductor de secretos de un mundo al otro. Yo

llevaba el mundo de la cultura, porque tenía amigos muy cultos que escuchaban muy buena música y leían muy buenos libros, al mundo de la prostitución. Entonces los clientes entraban a mi cuarto y escuchaban a Nina Simone y decían qué raro lo que estás escuchando. Yo era muy joven, me gustaba mucho el blues, me gustaba mucho leer. Y siempre superaba la cultura general de los clientes que me buscaban, que tampoco era muy difícil de hacerlo.

—¿Te sorprendió que tus libros tuvieran tanto éxito, que ganaran premios? —La sorpresa fue por otras cosas que pasaron muy rápidamente. Me tuve que acostumbrar a una forma de vida, a un tipo de maltrato nuevo, de persecución nueva, que no era la transfobia básica y clásica. Sino una transfobia solapada, escondida. El mundo de la cultura y de las editoriales está lleno de prejuicios. Entonces a la sorpresa se la comió rápidamente esto que te digo. Primero, la resistencia del mundo de la cultura, de otros colegas. Y también por el dinero.

—¿A qué te refieres? —A poder acceder a comprar lo que yo quisiera. Fue realmente una novedad mucho más poderosa que sorprenderme por si me iba o no me iba bien y pasó a ser más importante incluso. Las malas se convirtió en un best seller que sigue generándome ganancias. Es como si yo tuviera un departamento o dos alquilados. Y el otro afecto, si se quiere, es el autodesafío: me propuse escribir mejor cada vez y encontrar mi propia voz, que todavía no termina de pronunciarse como escritora. No sé qué tipo de escritora soy aún. Y esto con cinco o seis libros publicados. Sigo siendo un misterio para mí y eso está bien porque es lo que hace que yo trabaje con entusiasmo. Lo demás fue viajar, hacer la valija, hacer agendas de prensa, responder, justificarme, pelearme con los haters, aprender cómo moverme en ese universo.

—¿Te sientes incómoda en el círculo de los escritores? —No me siento cómoda, pero no es un problema de los escritores, sino mío. Un problema de incomodidad de clase, de ser morena, de ser hija de trabajadores, de no tener un escritorio de caoba (se ríe). Es mi problema sentir vergüenza de quién una es.

—¿Ha cambiado la forma en que miras tu pasado desde que te dedicas a escribir? —Hace poco hubo un descubrimiento en materia de física cuántica respecto a la concepción del tiempo, que es flexible. Es decir, que posiblemente yo esté volviendo hacia atrás y modificando algunas cosas. Eso es un poder que tiene la escritura que se nutre de la nostalgia, del rencor, de afectos que suceden en el pasado. Especialmente en relación con mis padres, los veo de otra forma. También por la lectura, donde encontré a Sharon Olds o Anne Carson, que hablan sobre los vínculos familiares, que no es solo el trauma que uno eligió para su vida, sino mirar con distancia ciertas formas de vincularse que tienen los hijos con los padres. Y eso sí cambia profundamente la percepción que uno tiene. Sobre todo dejar de ser

víctima, eso por un lado. Por otro, saber que no se sufre lo suficiente, que siempre se puede sufrir más y que siempre te pueden hacer más daño. Eso sí cambió.

—¿Hay algo de lo vivido de lo que te arrepientas? —No. Si me tocara hacer mi historia otra vez, haría exactamente lo mismo: buscaría los mismos amigos, los mismos enemigos. Los mismos fracasos. O tal vez me gustaría ser más fracasada, estar más equivocada todavía. No me arrepiento de absolutamente nada.

—¿Por qué enfatizas el tema del fracaso? —Como estado, como forma de existir me parece mucho más interesante el estado del fracasado que el de un exitoso. Las personas tristes, rencorosas, resentidas, fracasadas son más. Aquí tienes la transcripción del texto de la imagen proporcionada. He mantenido el formato de preguntas y respuestas para facilitar la lectura:

...elegantes que las personas alegres. Si no ándate a un aeropuerto y fíjate en todas las personas felices que se van de vacaciones a una playa: son las personas más groseras, vulgares, poco respetuosas que existen sobre la tierra. En cambio, vas a una despedida por ejemplo, y la gente está seria y triste, tiene una elegancia, una manera de existir incluso el sentido del humor se vuelve inteligente. Me gusta más estar así.

—¿Te reconciliaste con tus padres? —Pero hace años. Yo además no estaba peleada con ellos. No nos hablábamos porque estallábamos. Pero no por una dinámica transfóbica, sino porque somos como tres sustancias que juntas reaccionan de determinada manera. Y no tiene que ver conmigo ni con mi papá ni mi mamá. Tiene que ver con que los tres juntos en una misma habitación hacemos un tipo de reacción particular. Yo los amo mucho.

—¿Ellos lograron aceptarte tal como eres? —No me interesa si lo hicieron o no. Ya dejó de ser para mí una preocupación política, una preocupación afectiva, una preocupación amistosa, incluso una preocupación amorosa. Dejó de importarme si me aceptan o no cómo soy. Hace veinte años sufría por la no aceptación. Ya no. Porque además, ¿sabes qué?, y esto es para mí importante decirlo: el dinero hace la diferencia. El dinero se roba la sorpresa. El dinero se roba tus miedos. Y te hace ver que sos invencible o inmortal. Como tengo dinero, realmente no me interesa si me quieren en una mesa o no, si me invitan o no a un festival. El dinero ha hecho que todo eso que podría llegar a importarle a una persona trans que solo tiene capital simbólico a mí no me importe. Más me interesa la cantidad de hilos que tienen mis sábanas y la calidad del vino que tengo en la mesa.

—¿Qué gustos te has permitido ahora que tienes dinero? —Regalarle un auto a mis padres, ayudarlos económicamente para que tengan un súper buen pasar. Mis

vestidos de Stella McCartney, de Max Mara; mis zapatos de Dolce & Gabbana. Mis cremas, mis perfumes. Comer ostras, cangrejo, langostas. Decirle a mi pareja que reservé un hotel en tal lado y partir de viaje. Un lujo un poco más peligroso, si se quiere, es ir más abajo. El lujo de la ruindad.

—¿Qué quieres decir con eso? —El lujo de verse a una misma sin ningún disfraz, sin ningún atavío. Ese lujo te lo podés dar si sos una persona que no tiene necesidad de trabajar y se puede bajar una botella de whisky un lunes a las 11 de la mañana y ver qué hay debajo de todas las capas de buenos modales, de represiones, de diques anímicos. Ese lujo me lo estoy dando ahora: poder ser oscura, ser como un topo. Y tiene que ver con el dinero, si no, no lo podría hacer.

—¿Quién es Camila Sosa Villada? ¿Cómo te presentarías hoy? —(Se ríe) No la conozco. No sé quién es. No la leí nunca